I PREMIO "EDUCERE" A LA CREACIÓN ARTÍSTICA SOBRE EL TEMA EDUCATIVO

El legado de una profesora

Escrito por: Avogadro

El legado de una profesora

Cada mañana, la profesora de química de la preparatoria local, solía sentarse en la misma banca debajo de un viejo árbol antes de empezar las clases y, acompañada de una taza de café, sacaba del bolso su más reciente adquisición obtenida en algún bazar de libros usados.

Aunque con los años la escuela había cambiado, las instalaciones se remodelaban, se blanqueaban las paredes o se construían nuevas aulas, el robusto árbol, la banca, el olor a café y la profesora puntual a la cita con la lectura, tenían el encanto de haber permanecido constantes desde el primer día en que la profesora había impartido clase por primera vez, treinta años atrás. Excepto que, las manos que sostenían las páginas amarillentas fueron acumulando algunas arrugas, sus cabellos se tornaron grises y los estragos del cansancio se notaban cada vez más en sus vértebras.

La profesora de química, había decidido conservar su antigua pizarra verde y escribía con tizas blancas. A pesar de que muchas veces la administración había intentado instalar pizarrones electrónicos en su aula, ella se había negado a reemplazar el pizarrón, como si se tratara de un viejo amigo del cual sería demasiado doloroso despedirse, así que continuó depositando en él las mismas líneas, año tras año.

Hubo una época en que la maestra era conocida entre los alumnos por la pasión con la que impartía sus clases, siempre buscando la manera de cautivar a través de su más grande amor que era la química. Solía hablar de la evolución de la teoría atómica, como si fuera una historia fantástica de descubrimientos y al mismo tiempo de incesantes dificultades, tenía la habilidad de transportar con sus palabras a otras épocas y hablaba de los enantiómeros como si las moléculas se hubieran quedado atrapadas junto con Alicia a través del espejo, de esta manera había logrado relacionar con armonía su gusto por la química y por las historias que leía todas las mañanas.

En el trascurso del tiempo, fue muchas veces criticada por sus colegas por no transmitir la asignatura con el rigor científico con que debiera, mientras que otros, quedaban maravillados al descubrir que el estudio de la química podía verse a través de esta visión mística y maravillosa. Lo que era un hecho, es que todos, tanto alumnos como profesores, escuchaban con atención lo que la educadora tenía que decir, quien a su manera, siempre invitaba al análisis y al entendimiento profundo de los fenómenos naturales.

Sin embargo, la profesora observaba con pesar, que en los años recientes los alumnos que se inscribían en su curso eran cada vez más difíciles de sorprender, las antiguas historias sobre descubrimientos químicos ya no conmovían a nadie y el uso de teléfonos inteligentes comenzó a hacerse más frecuente en el salón

de clases. Muchas veces, la profesora carecía del contacto visual de quienes tenía enfrente, pues la atención de estos se concentrada en las pequeñas pantallas brillantes. Así, la vieja maestra se quedaba con la sensación de hablarle a los pupitres, a las paredes o a los cristales húmedos de las ventanas.

Una mañana, mientras la profesora leía bajo el viejo árbol, escuchó a un grupo de estudiantes que se quejaban de una reliquia de maestra de química a quien consideraban no actualizada. Además, expresaban con recelo su resistencia a continuar escuchando historias sobre científicos muertos, entre risas y burlas, cuestionaban los métodos y los temas que se les enseñaba, pues opinaban que eran poco prácticos, por no decir inútiles, ellos necesitaban respuestas más inmediatas.

Así, sentada en la banca bajo la sombra del árbol, la vieja profesora reconoció en el grupo, los rostros de sus estudiantes, cerró el libro que tenía entre sus manos, miró al cielo y un suspiro se le escapó, comenzó a reflexionar sobre sus años como docente, recordando con melancolía sus viejas glorias. A pesar de que en su juventud se había desempeñado en otros trabajos, había decidido ser docente pues, cada vez que intentaba explicar algún concepto científico por sencillo que fuese, sentía que una sonrisa se le dibujaba en el rostro y en su juventud, ésta le había parecido una razón noble y suficiente para dedicarse a la educación. Se había convencido a sí misma, que si era capaz de encontrar la belleza en su labor, entonces podría realizarlo con alegría y entusiasmo e irremediablemente podría contagiar a otros con su entrega, sin embargo, el tiempo le había demostrado que en ocasiones, la pasión no es suficiente.

Bajo el viejo árbol, comenzó a preguntarse si continuar enseñando sería un error, si al aferrarse a su a su vieja pizarra, a sus viejos libros, a sus viejas formas, en fin, a su antigua visión de la educación, había renunciado a la posibilidad de inspirar a los jóvenes pertenecientes a este mundo caótico, conectado tecnológicamente pero en muchos sentidos desconectado humanamente, donde se podía obtener información instantánea sobre cualquier tema, pero sin consultar las fuentes y donde la capacidad de crítica y el análisis estaban cada vez más devaluados. Todo a su alrededor sufría cambios continuos, se transformaba, los chicos a quienes enseñaba diferían mucho de los jóvenes a quienes había enseñado hace treinta años y sin embargo ella había luchado por seguir igual.

Permaneció un rato más con estos pensamientos en su mente y finalmente, tuvo clara una idea que ya había cruzado antes por su cabeza, pero que no se había atrevido a aceptar y entendió, que la mejor forma de ayudar a sus estudiantes era permitiendo que alguien más joven tomara su lugar.

Y fue precisamente un día después de la última clase de la vieja maestra de química, que se anunció de manera oficial la llegada de un programa piloto de clases impartidas por una inteligencia artificial, cuyo formato consistiría en una gran pantalla programada para mostrar la imagen de una amigable profesora virtual que podía contestar cualquier pregunta, resolver cualquier problema pues contaba con una amplia base de datos, que podía además, impartir clases sobre

cualquier tema mostrando imágenes, videos, esquemas tridimensionales y otros recursos que facilitarían la comprensión de los estudiantes acerca de cualquier contenido y de acuerdo a las más modernas teorías de pedagogía. El dispositivo serviría en una primera etapa de soporte a los docentes, pero eventualmente podría incluso eliminar la necesidad de tener profesores humanos frente a los grupos.

Ese día, la escuela dio una conferencia magistral a profesores, alumnos y padres de familia, que tendría como invitado a un exalumno de la institución, quien había sido el desarrollador de la inteligencia artificial de profesores virtuales, que estaba próxima a probarse por primera vez en esta y en otras instituciones del país.

El desarrollador, comenzó su ponencia expresando lo emocionado que estaba de estar nuevamente en su escuela y lo agradecido que se sentía por la formación que había recibido. Habló sobre los detalles técnicos de su proyecto, entre otras cosas, mencionó que la inteligencia artificial estaba programada con una voz sintética femenina y que había incluido en el código gestos y frases que recordaba de una profesora que él había tenido en sus años de estudiante y que según contaba, había inspirado su proyecto; una profesora cuya fascinación por los libros viejos, la química y las pizarras verdes lo habían conmovido de tal manera, que decidió rendirle un tributo al inmortalizarla en el programa de su inteligencia artificial y así conservar su legado a través del tiempo.

Fin